

GALVEZ: ARQUETIPO DE GOBERNANTE (*)

La frase del doctor Juan Alvarez: "Con Galvez empieza la civilización en Santa Fe" es, por cierto, aventurada, y nos explicamos que haya provocado una fuerte reacción, al ser repetida, recientemente, por un joven publicista en uno de los grandes rotativos de la metrópoli, pero ella nos induce a pensar cuán recia fué la personalidad de este gobernante, cuán eficiente y ponderable su obra, para que un hombre de las calidades de nuestro actual Procurador General de la Nación, habitualmente parco y friamente analítico en sus lucubraciones, haya llegado a entusiasmarse hasta ese extremo. Es que, en verdad, señores, si bien con Gálvez no empieza la civilización en Santa Fe, ya que esta villa, nacida en mayoría de edad desde que la fundara Garay con un puñado de criollos asunceños, fué siempre un centro civilizado y civilizador que jugaría un papel preponderante en las luchas de los conquistadores, para afianzar su hegemonía sobre el litoral del Virreynato primero, y más tarde, en las luchas civiles, para imponer el credo federalista en la organización institucional del país, cabe reconocer, no obstante, que Galvez fué quien nos puso en íntimo contacto con la civilización europea.

No se ha escrito la historia de nuestra colonización agrícola y de la transformación de nuestros sistemas de produc-

(*) Discurso pronunciado en representación del H. Consejo Superior en el acto de inaugurarse una placa recordatoria, colocada en el vestíbulo de entrada de la sede central de la Universidad.

ción pecuaria, como está aún por escribirse la historia de nuestra evolución espiritual y de nuestra todavía incipiente cultura. Del saladero al frigorífico, del potrero a la cabaña, de la aguada a la noria, del arado de mancera al tractor y de la siembra al boleó al cultivo racional e intensivo, que ya apunta en algunas regiones del país, existe todo un proceso de transformación social y económica, posiblemente de mayor transcendencia que el de los innumerables combates de nuestras guerras civiles — fenómenos comunes de una misma causa — que subrayaban gestos de hombría, con que los criollos rendían culto al valor, admirable cualidad, heredera del hispano, que se convertía en negativa cuando había que rendir culto el trabajo en un espacio de la tierra donde todo estaba intacto, como en los primeros días de la Creación.

Nuestros noveles investigadores de la historia — comúnmente aficionados, llenos de curiosidad, cuando no de pasión — se han detenido en el episodio heroico o anecdótico. Pero cuando aparece alguno — Juan B. Gschwind, por ejemplo — que sigue en sus pasos a una pionner de la colonización o de la transformación industrial — llámese éste Perkins, Weelright, Aarón Castellanos o Casado — tenemos la sensación de que la verdadera historia, la historia integral del país, recién empieza a escribirse. Cuando salgamos del simple episodio para llegar al concepto, del hecho aislado para abarcar todo un panorama y del entusiasmo para entrar en el análisis, recién podremos valorar lo que han significado para el país algunos hombres hoy casi olvidados, y otros que, aunque no olvidados, — han sido motivo de estudio y admiración bajo sus aspectos menos trascendentes.

El doctor José Gálvez ocupará en la historia civil de la Nación un puesto singular. Concreta acabadamente el tipo del nuevo argentino — del argentino del mañana — que aún no ha arraigado en nuestra vida política, pero que suplantará muy pronto al caudillo que arrastra voluntades sin levantar ideales, que distribuye prebendas sin preocuparse del bien público y que llega hasta ser admirado sin haber convencido. Pa-

ra decirlo mejor, de un nuevo arquetipo de político que su-plantará “la muñeca electoral” por el estadista.

Gálvez, como Alberdi, como Sarmiento y como Rivadavia, se anticipa al futuro y señala rumbos a sus sucesores. Su- po apartarse del mero ajetreo electoralista para aplicar sus afanes de gobernante — con la tenacidad digna de un sajón — a los problemas vitales de su provincia. No es el acomodado de sus partidarios, ni el aniquilamiento de los opositores, ni el gesto espectacular o heroico del prócer providencial lo que busca en el poder. Desde 1884, en que muy joven aún se hace cargo del ministerio de gobierno, llamado por el gobernador Zavalla, casi impedido éste por una grave dolencia, hasta 1890, en que entrega el mando a su sucesor, el doctor Juan M. Caf-ferata, la acción de Gálvez es múltiple, fecunda, metódica, di- rigida a cambiar las condiciones sociales y económicas de la provincia. Sanea la administración pública y la justicia de paz, adoptando medidas tendientes a impedir defraudaciones, prevaricatos y cohechos, reglamenta la venta de la tierra pú- blica, ordena el levantamiento de un censo demográfico, in- dustrial y agrícola, favorece, mediante primas, el establecimien- to de saladeros, finiquita nuestras cuestiones de límites inter- provinciales, nombra comisiones de juristas, recurriendo a sus propios adversarios políticos, para que proyecten reformas a la ley orgánica de los tribunales, al código rural, al código de policía urbana y al de procedimiento de la justicia correccio- nal; promulga la ley orgánica de las municipalidades, ordena la reaparición del Boletín Oficial, auspicia la pavimentación de las ciudades, erige escuelas y hospitales, organiza el Depart- amento de Ingenieros Civiles y el Departamento de Agricultura y Estadística. Pero donde la obra de Gálvez adquiere ma- yor relieve es en la colonización agrícola. Cerca de doscientas nuevas colonias surgen bajo su administración. Era tal la fie- bre colonizadora de Gálvez que, en cierta ocasión — según se ha relatado en una crónica de “El Mercurio” de Santiago de Chile — mientras departía éste con un grupo de empresa- rios extranjeros que habían llegado a Santa Fe, con el fin de

promover varias industrias, como uno de ellos manifestara que en el mapa que examinaban figuraban varias colonias que no conocía, Gálvez le contestó sonriendo:

—No es extraño, señor; hay que estudiar la geografía de Santa Fe cada seis meses.

Esta frase del gobernante debemos relacionarla con otra, que según el historiador Lassaga, le era muy habitual, y que demuestra la profunda fé que tenía en el porvenir de la provincia: “Santa Fe — decía — es un niño que crece extraordinariamente. Le hacemos la ropa para un año y resulta que al mes ya no le viene bien, por que ha crecido demasiado”.

Para fundar colonias, Gálvez atrae la inmigración europea, concediéndole libre tránsito en todos los ferrocarriles de la provincia. Casi todas las líneas férreas que hoy atraviesan el territorio provincial fueron concesiones otorgadas bajo el gobierno de Gálvez, las que han venido a fusionarse más tarde en las poderosas empresas que hoy conocemos. Alguna de esas concesiones, como la que partiendo de Santa Fe y pasando por Helvecia y San Javier debía llegar hasta Reconquista, cincuenta años después aun no ha llegado a convertirse en realidad.

La obra de Gálvez, en lo que se refiere al progreso material, culmina en su proyecto de puerto de ultramar, que se construye recién bajo la administración de Freyre. Se debe también a Gálvez, el redescubrimiento del puerto de Colastiné como puerto natural para buques de gran calado, y que durante muchos años constituyó el único sitio del litoral por donde se exportaban los productos de la zona norte de la provincia.

Gálvez colonizador, legislador y jurista no olvida la instrucción pública. Permitidme, señores, que al respecto, traiga en este momento un recuerdo personal, no exento de emoción y de gratitud. Nacido en 1889, bajo el gobierno de Gálvez, tuve que aprender las primeras letras en lo que entonces era una lejana reducción indígena, la reducción de San Javier. Tuve la suerte de que me enseñaran severos, pero eficaces maestros españoles, que no mezquinando palmeta, supieron hacer hom-

bres a los revoltosos hijos de los primeros pobladores de aquel pintoresco rincón norteco. Mis maestros Iglesias, Jardón y Martí Llassat pertenecían al grupo que Gálvez había contratado en España para que desparramaran la semilla del alfabeto en la semi desierta campaña santafesina.

Gálvez crea la Universidad de Santa Fe, destinada a la enseñanza de las leyes y las ciencias. Designado su primer rector, por el gobernador Cafferata, se realiza solemnemente, el 30 de abril de 1890, la ceremonia de su inauguración en el histórico salón de las convenciones del viejo Cabildo. Cincuenta años después, las palabras de Gálvez, pronunciadas en su conferencia inaugural, tienen la misma actualidad. “Reglando las acciones — decía — no del individuo aislado sino de los seres que deben vivir bajo el influjo de sus mutuas relaciones, el derecho es la ciencia social por excelencia y todo lo abraza, todo lo comprende, todo lo estudia. Los diversos pueblos, como dice el jurisconsulto Portalís, viven entre sí sólo bajo el imperio del derecho; los miembros de cada ciudad son regidos como hombres por el derecho y por leyes como ciudadanos. Todas las leyes, de cualquier orden que sean, tienen entre sí las relaciones necesarias. No hay cuestión privada en que no entre alguna mira de administración pública, como no hay ningún objeto público que no se refiera más o menos a los principios de esa justicia distributiva que regula los intereses privados”.

En su posterior actuación pública, el doctor Gálvez sigue siendo el mismo hombre de Estado, en que la ecuanimidad y la capacidad siempre están al servicio de los grandes intereses del país. Como senador nacional y como ministro del interior, busca la pacificación de los espíritus, la unión de los argentinos. Fué un ardiente defensor de nuestro régimen federal, y en la creación de la Universidad de Santa Fe puede decirse que no estuvo ausente el propósito de afianzar, mediante la cultura, la autonomía política de las provincias. Así puede inferirse de algunos párrafos del recordado discurso inaugural. Esto es, también, lo que hoy pensamos nosotros, y

por eso debemos saludar con alborozo la reciente creación de nuevos institutos de alta enseñanza en el interior del país, tal como la Universidad de Cuyo, porque ellos serán los sólidos puntales que sostendrán el andamiaje de nuestro ya desmembrado federalismo, que va cediendo cada vez más ante la absorción porteña, con la complicidad manifiesta de los gobiernos de provincia y de los representantes de éstas en el Congreso. Las universidades del interior, convertidas en focos de cultura, nos evitarán — por lo menos en el orden espiritual — un vasallaje que ya empieza a pesarnos, porque no es legal ni justo, y porque es antipatriótico. Ellas serán también baluartes en la defensa de nuestras instituciones, de nuestra democracia republicana, ante el avance de la influencia extranjerizante que se filtra por el cosmopolita puerto de Buenos Aires, con grave riesgo para el futuro de la nacionalidad argentina.

Gálvez — guardando distancias — concreta mejor que Sarmiento el tipo del estadista moderno. Mitre, Sarmiento y Roca, como anteriormente Belgrano, Castelli y tantos otros, debieron ser múltiples en la acción pública. Aunque lucharon por la independencia y la organización institucional, fueron coloniales por sus métodos. Así se lo exigía un país semi-bárbaro, en plena formación. La tribu merodeaba entre los centros urbanos, el chiripá ponía una nota de contraste junto a la levita del doctor, y la chuzza se cruzaba aún con la espada del soldado. El gobernante debía serlo todo: militar, juriscónsulto, legislador, periodista, escritor, juez, educador... Seguíamos siendo coloniales, aunque no vivíamos ya en una colonia. Gálvez fué uno de los primeros tipos del estadista de la especialización. Nunca blandió un sable; no fué siquiera conspirador. En este sentido, es descendiente directo de Rivadavia, el inadaptado; para muchos, un gran fracasado por haber nacido cien años antes de su verdadero tiempo. Gálvez, con más suerte que Rivadavia, entra a gobernar después de casi treinta años de vida institucional. Su generación, aunque a veces lo resiste, tiene la intuición de que su obra es la vale-

dera. Ya no se miran las pampas de Santa Fe como un inmenso feudo o como escenario propicio para las hazañas de la guerra. Gálvez, siguiendo las huellas de Oroño, empieza a armar la “canasta de pan del mundo”, según la conocida frase del ex presidente Hoover. En esa canasta, no todo era alimento para el cuerpo. Entre el mucho pan, estaba el libro, estaba la Universidad de Santa Fe, que se transformaría más tarde en esta Universidad del Litoral.

En nombre del Honorable Consejo Superior de la Universidad dejo inaugurado este testimonio en bronce, para que las nuevas generaciones, siguiendo nuestro ejemplo, nunca olviden a los grandes benefactores del país, porque cuando se olvida el pasado se oscurece el porvenir, cuando se desoye la voz que nos viene de nuestros mayores — y que está siempre en el fondo de nuestras conciencias — se produce el derrumbe moral. Si no queremos caer en la servidumbre, si queremos seguir siendo libres, republicanos y demócratas, volvamos las miradas hacia estos hombres de ayer. La vida entonces era dura, llena de dificultades, de sinsabores. Pero vencíéndolas, ellos hicieron la historia. Hagamos también nuestra parte de historia, luchando tesoneramente, renunciando a los halagos de la vida fácil, y poniendo, como Gálvez, ecuanimidad, tesón e inteligencia al servicio del bien público, o para mejor decirlo, al servicio de la Patria.

ALCIDES GRECA

